



Las crónicas de Ginna Morelo

Naudín Gracián

Mientras avanzaba en la lectura de *Tierra de sangre, memorias de las víctimas*, de Ginna Morelo, no dejaba de preguntarme qué pensarán los europeos, los norteamericanos e incluso muchos colombianos pertenecientes a las altas esferas económicas al leer libros como éste, publicado después del aclamado libro de Faciolince, *El olvido que seremos*, o del multipremiado *Los ejércitos*, de Rosero Diago. ¿Que somos exagerados sin remedio? ¿Que el realismo mágico nos es tan connatural que nos debemos

declarar incapaces de narrar algo objetivamente? ¿Que somos una subespecie humana? Entonces recuerdo una ya añeja pero vigente frase de García Márquez según la cual la realidad supera la ficción.

Porque todo el que pretenda contar esta verdad atroz, como lo hace Ginna Morelo en este libro, siempre se quedará muy corto, siempre será muy limitado, incluso si su objetivo es retratar la violencia en apenas un sector muy reducido de nuestra geografía: el alto Sinú y San Jorge.

Analicemos el libro someramente

Es un volumen de crónicas periodísticas que no intentan iluminar zonas que se desconozcan del conflicto armado en el departamento de Córdoba. Más bien trata de recopilar episodios bastante conocidos. Parece que su objetivo es apenas armar un *collage* que, retazo a retazo, episodio tras episodio, se constituya en un retrato amplio, aunque no totalitario, del fenómeno que aborda. Esto hace que uno termine leyendo el libro como una especie de novela en la cual, aunque no se agota el tema, uno siente que adquiere la información suficiente para tener una panorámica global de la idea abordada. Esto lo logra no sólo mediante la narración de algunos episodios contundentes, sino también mediante la presentación íntima de las personas y de los escenarios. Su lenguaje, sin ser ni altisonante ni de denuncia, resulta comprometido, gracias a la utilización de frases que tocan al lector, no por lacrimosas, sino por precisas en puntualizar en qué consiste exactamente la situación dolorosa o vergonzosa que retrata. Veamos algunas:

Vi a mi hijo muerto tirado en el pasillo de un vehículo. ¡Eso sí es grande! Un dolor de esos no se repite en otro (...) y se lo metieron en el alma para que siempre les ardiera el corazón; pareciera que fuera la última estación, donde la vida ya no quiere sentirse; [...] no concibe la idea de que se repara un daño que es irreparable(...) el verde de ese campo cordobés se había vestido de luto para siempre.

Y hay otras frases contundentes que invitan a reflexionar. Hagámoslo con algunas:

La masacre fue un error en el que tuvo que ver un ganadero de la región a quien resulta imposible mencionar en este escrito. Los culpables están vivos, en sus sitios, reinando, latentes en su peligrosidad, impunes y aun venerados y protegidos por la ley que está presta a aplastar a quien ose poner en tela de juicio la honorabilidad de estos personajes. Incluso se sabe que, a última hora, bajo amenaza, la autora tuvo que sacar de este libro una de sus crónicas.

“Para salvarse se escondió con su mujer en el monte”. Esta frase me recuerda los relatos de mi padre sobre la Violencia (con mayúscula), la partidista, que se recrudeció por la muerte de Gaitán; una época oscura que se supone de tiempos remotos e incivilizados, pero que en realidad nunca ha perdido vigencia en los campos colombianos.

“El comando armado se sentía luchando contra campesinos a quienes veían como soldados de plomo subvertidos contra el Estado, mientras los pobladores, atrincherados en sus casas y en el monte, tenían como únicas armas camándulas y ramos bendecidos”. Esta frase es un retrato preciso de la cobardía envalentonada que se enseñoorea perennemente en muchas regiones y, sin tregua, en el sur de Córdoba. Allí, aunque por temporadas cambia de protagonistas, la situación siempre es la misma para los lugareños; ilustra el torvo punto de vista que posibilita a los cobardes considerarse salvadores del pueblo e impositores de justicia, eliminando a los individuos inermes. Como se dice popularmente, el ejército afirma que pelea para proteger al pueblo; la guerrilla, que lucha a favor del pueblo, y los paramilitares, que luchan por eliminar a los que le hacen daño al pueblo. Cuando todos, en realidad, agreden al pueblo. Recuerda uno al poeta Luis Spersb Lemos: “Dios, protégeme de los que quieren protegerme”.

“Eso ya no dan ni ganas de recordarlo, señorita”. Esta frase de un protagonista no victimario pero que estaba del lado de ellos, que se codeaba con ellos, puntualiza que existen razones para la indiferencia frente a la reiteración de la tragedia. Y es que la violencia, como todo lo desagradable, se vuelve algo monótono, fastidioso, como cuando vemos un muerto ajeno

en avanzado estado de descomposición y el asco nos impulsa a alejarnos, a no querer ni siquiera que nos mencionen algo que nos traiga a la memoria aquella imagen repugnante. De ahí la indiferencia generalizada ante estos libros de denuncia, ante las víctimas con sus historias ya tan comunes que no vemos en ellas lo extraordinario.

¿Un territorio triste?

El enfoque de la narración va dando la sensación de que estas regiones que han soportado tan altos índices de violencia e injusticia son lugares tristes, que sus gentes hacen colectivo el dolor de los individuos. Parece que la autora quiere que sea así, pero es consciente de que se engaña, pues trae a colación una frase de Virginia Woolf: "...no son las catástrofes, los asesinatos, las muertes, las enfermedades las que nos envejecen y nos matan; es la manera como los demás miran y ríen y suben las escalinatas del bus". Sí, porque lo realmente triste es que sucede lo contrario: en muchos de estos pueblos, barrios y veredas da la sensación de que allí no ha pasado nada: todo es ruido, alegría, olvido, indiferencia entre quienes rodean a los deudos y a las víctimas. Porque incluso estas atrocidades tienen su justificación para los vecinos, bajo la terrible frase que ha hecho carrera en estas regiones frente a la tragedia ajena: "Algo habrá hecho".

Sepa el lector que este libro se queda corto

Como sospecho que hay personas que pueden considerar que estas atrocidades y actos vergonzosos son exagerados y no han tenido lugar en nuestro tiempo y región, les aclaro que, por el contrario, si algo hay que criticarle a este libro de Ginna Morelo es que en algunos apartes se dedica a asuntos poco importantes, siendo la monstruosidad que aborda tan amplia. A alguien desinformado, este libro podría darle la sensación de que lo grave se agota demasiado rápido o es muy limitado. Por ejemplo, la crónica de "Mejor Esquina" es muy pobre en elementos: al relato de los hechos en sí, la autora sólo le gasta unos pocos y pequeños párrafos que consisten en recuerdos de algunas personas que, por lo demás, no quieren recordar mucho. Eso minimiza la tragedia que, en realidad, fue una hecatombe monstruosa. No se retrata el terror, la gente que tumbaban como micos mientras trepaban las paredes, la cacería de los que huían y azotaban sus cuerpos contra el piso bajo el furor de las balas, los que recibieron tiros de gracia, los heridos que murieron en los patios y en el monte, a los que días más tarde los encontraban en los potreros medio comidos por los animales; la terrible angustia de los familiares buscando los desaparecidos... No dice las razones, ni los sindicatos, ni los avances de las investigaciones. Sólo refiere que eso sucedió pero distanciamiento, tanto, a nivel espacial como temporal.

Por otro lado, aunque al final insinúa que la amenaza sigue latente, en muchos apartes dice: "...eran los tiempos en los que en Córdoba no se podía denunciar nada", frase que da la equívoca sensación de que la violencia es una si-

tuación superada. Pareciera hablar de un pasado doloroso, de algo remoto. Pero la realidad es que la cacería de brujas que se ha desatado en el departamento (y en muchas regiones del país), luego del proceso de reinserción de las auto-defensas, ha producido una incertidumbre aun más caótica y amenazante que antes. Municipios como Puerto Libertador, Tierralta, Montelíbano y Montería, han soportado una cotidianidad de asesinatos a cuenta gotas (ya no son comunes los enfrentamientos de grupos organizados, ni las masacres con numerosos muertos, pero sí la cotidianidad de asesinatos selectivos), sin precedentes, peor que antes, porque no se sabe quién manda a quién. Aparecen personas muertas que nadie conocía, ultimadas por gente que no es del lugar (eso indica que algo terrible debe estar gestándose); la gente recibe amenazas que no sabe de cuál lado vienen, pequeños grupos buscan posicionarse a sangre y fuego en la región; los que antes vivían a la sombra de los ahora desmovilizados quedaron desempleados y sueltos. Entonces, los robos, atracos y asaltos a las casas son comunes en comunidades en las que eso antes no se veía. Porque la violencia se comporta como un virus que se expande vía aérea: cuando en un pueblo se dan estos hechos provocados por los enfrentamientos entre bandas, empiezan a sumarse los delitos y asesinatos por asuntos que antes no los provocaban como celos, deudas, envidias o por simple prepotencia. Los delincuentes se sienten seguros ante la impunidad rampante; se crea el ambiente de que lo que limita no es la ley social ni la moral sino el ser capaz o no de cometer el delito.

Si uno permanece temporadas en las fincas y veredas nota que las anécdotas de ajusticiamientos, de amarrados o enterrados hasta el cuello que se escuchan a kilómetros, quejándose durante varios días; de los que anochecen y no amanecen en la región, etcétera, han reemplazado las historias de brujas, de empautados, bravos, toros y toreros que congregaban a las familias en las noches sin luz eléctrica, antes de acostarse.

En fin, es dañino dar la sensación, como en gran medida lo hace este libro, de que el problema proviene exclusivamente de las grandes organizaciones armadas al margen de la ley, como los paramilitares y la guerrilla, que son ellos las únicas amenazas, de manera que mientras no vuelvan la violencia no volverá a reinar. Esto es dañino, digo, porque llama a cruzarse de brazos y, quizá, a celebrar ignorando lo muy grave que sigue sucediendo.

De todas maneras hay que dejar claras tres cosas. Una, que éste es un libro necesario y de lectura imprescindible para quien pretenda tener elementos de juicio sobre lo profundo y terrible que ha sido el conflicto en esta región del país. Dos, que es una acusación larga y persistente de la culpabilidad de las autoridades en todo esto por acción, complicidad y omisión. Y tres, que ningún libro, por voluminoso que sea, podría dar cuenta completa de la magnitud de esta tragedia ininterrumpida, profunda y dolorosa que debería avergonzar no sólo a sus actores y propiciadores sino al ser humano en general.

Lo peor es que el horizonte no está despejado y la indiferencia de los que pueden hacer algo se agazapa tras la hipócrita intención de hacer creer que ya no sucede nada, que ya todo ha sido arreglado. ■